

## **MESA REDONDA: «LA INFLUENCIA Y ACTUALIDAD DEL SEMINARIO EN LA SOCIEDAD OURENSANA»**

*Raúl Alfonso González*

### **INTRODUCCIÓN**

Ante todo, quiero agradecer a los organizadores la ocasión que se me da, para hablar de algo tan entrañable y querido como es la familia del Seminario, a la cual he estado unido los últimos doce años de mi vida; diez como seminarista en el Seminario Menor y Mayor, uno en etapa pastoral como diácono, y éste, en el cual estoy estrenando mi ministerio sacerdotal como formador en el Seminario Menor. Por tanto es hablar de una experiencia que he vivido y, aunque de un modo distinto sigo viviendo; experiencia gozosa y, al mismo tiempo, exigente de formación y crecimiento como persona, cristiano y sacerdote.

Por otra parte, cuando se me pide que hable de la experiencia de formación en el Seminario de hoy, quizás la persona más adecuada para estar aquí hubiera sido cualquiera de nuestros seminaristas mayores, aunque por mi reciente ordenación sacerdotal, seguramente en muchas dimensiones y actitudes de mi vida, e incluso por modo de pensar aún no he perdido el «ser» seminarista. Se nos insiste con frecuencia, cuando estamos en el Seminario, que podemos caer en la tentación de «tener vocación de seminaristas», cuando nuestra llamada es a ser sacerdotes, finalidad de la formación en el Seminario Mayor; pero el Seminario, es cierto, que marca tu vida de tal modo que sigues sintiendo con él, sigues sintiéndolo como algo propio; por eso puedo hablar en esta tarde de la experiencia de formación en el Seminario de hoy.

### **I. EXPERIENCIA DE FORMACIÓN EN EL SEMINARIO.**

#### **a. En el Seminario de hoy.**

El Seminario, nuestro seminario, hoy igual que ayer, «es ante todo una comunidad educativa en camino: es la comunidad promovida por el obispo para ofrecer, a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce» (PDV 60). Por tanto, me gustaría hablar de esas tres palabras que definen el Seminario: comunidad, educación y camino.

En cuanto comunidad, quiero destacar la dimensión de la vida en comunidad como una de las experiencias más exigentes, pero también más enriquecedoras de mi paso por el Seminario. El compartir tu vida, tus cosas, tus sentimientos, tus inquietudes con compañeros, con amigos, durante tantos años es quizás de lo mejor que me ha pasado en el Seminario. Las amistades y relaciones humanas que se forjan en la vida de comunidad son un apoyo firme en el crecimiento, son un apoyo seguro en los momentos de duda y dificultad, son una ayuda compartida a la hora de trabajar, estudiar o formarse. Son también un estímulo a la hora de plantearte en serio el seguimiento de Cristo por distintos caminos o sensibilidades. Por eso nunca dejaré

de agradecer a Dios el don de la vida de comunidad tanto en el Seminario Menor, como en el Mayor. Siempre que, algunos padres, me piden consejo sobre la vida de sus hijos en cuanto a la formación, les recomiendo un internado en régimen de vida comunitaria porque ayuda a adquirir ciertas actitudes y virtudes muy necesarias en la vida de cualquier persona, como son: el respeto, el espíritu de servicio, la capacidad de perdón, el sacrificio, la caridad fraterna...

En cuanto a lo de la educación, el Seminario de hoy, en el que yo me he formado y en el que hoy seguimos formando a nuestros seminaristas, tiene un proyecto educativo, claro y actualizado en todas sus dimensiones. En primer lugar porque la educación no se reduce única y exclusivamente a la dimensión intelectual o de estudio. La formación en el Seminario abarca a toda la persona: en su dimensión humana, pero también espiritual o trascendente; en su dimensión intelectual, pero también en su dimensión social o de comunión con los hermanos. Por tanto la palabra que sintetiza todo el tema educativo, es la integralidad. Una formación actualizada e integral. En el plano intelectual, cabe destacar no sólo la calidad del profesorado en ambos seminarios, sino la plena adecuación a las leyes educativas del estado en ESO o Bachillerato, o la afiliación a la Pontificia Universidad de Salamanca de los estudios eclesiásticos en nuestro Instituto Teológico «Divino Maestro» del Seminario Mayor. Son una muestra del deseo de estar al día y de la preocupación de que los alumnos tengan una formación equilibrada y por lo menos, del mismo nivel de sus homólogos que estudian en otros centros de enseñanza o en la Universidad.

Por tanto, me enorgullezco con ser, gracias al Seminario, a nuestro seminario, una persona «bien educada». Cuando está a punto de aparecer en la gran pantalla una película, precisamente titulada «La Mala educación», refiriéndose con ese término a la formación impartida en internados religiosos, creo que la opinión común y el sentir de una gran mayoría de los españoles valoran la formación en seminarios e internados religiosos muy positivamente. Supongo que será la experiencia personal del director, que se considera a sí mismo un mal educado, o quizás considere como mal educados a ciertos personajes de gran relevancia pública, que se formaron en centros religiosos, como por ejemplo Felipe González o Mariano Rajoy, o Fernando Vázquez, Antonio Gala,... entre muchos más que no hace falta citar ahora. El sentir común siempre ha valorado positivamente esta educación.

La última palabra era lo de «camino», palabra de moda en este año Jubilar, pero palabra que nos ayuda a entender no sólo nuestra vida de cristianos, sino también nuestra experiencia de Seminario. Decía antes que un alumno del seminario no debe tener vocación de seminarista, porque la vocación es la de sacerdote. El Seminario por lo tanto es el camino, para llegar a la meta que es el sacerdocio. A veces parece que cargamos todas las tintas en cuanto a importancia en la meta, pero es muy importante también el camino. La idea del camino, nos hace reflexionar sobre el seminario como proceso, nos hace reflexionar sobre las etapas del seminario, nos hace reflexionar en la meta también. El Seminario por tanto lo

hemos vivido como un proceso de crecimiento a través de distintas etapas encaminado a hacer madurar en nosotros una meta. Y aquí es preciso hacer la distinción entre la etapa del Seminario Menor y la del Seminario Mayor. El Seminario Menor es una etapa en la que esta institución nos dio a los que allí nos preparamos la oportunidad y los medios para hacer un planteamiento cristiano y vocacional de la vida. Aquí la meta no es directamente el sacerdocio, la meta es que tomemos la vida con sentido cristiano y que aprendamos a dar una respuesta generosa al Señor. En los años que allí pasamos hemos vivido este proceso; de los que compartimos esta experiencia, algunos, los menos, llegamos a la meta del sacerdocio, otros eligieron distintos caminos, pero a todos se les ayudó a reflexionar y a hacer un planteamiento cristiano de su vida. Al Seminario Mayor llegan los que se sienten llamados objetivamente por el Señor, para desempeñar un día el ministerio sacerdotal, aquí la meta ya es única, pero el Seminario nos ha ayudado en el camino a quitar ciertas piedras que dificultaban el avance o nos ha dado ya de antemano, en cierto modo, la experiencia de la meta; el camino del Seminario Mayor nos ha preparado ya directamente para lo que el Señor nos llama y para integrarnos en una familia, que es el presbiterio diocesano.

Por tanto, a la hora de abordar la configuración de nuestro Seminario, y la estructuración de la formación específica a él confiada, siempre se tuvieron en cuenta algunos factores importantes: las circunstancias y las exigencias características del tiempo y lugar en que vivimos; las diferentes características de los seminaristas, enmarcadas en un nuevo contexto social en continua y rápida evolución; y por último las experiencias de renovación que se realizaron en los últimos años en lo que concierne a la formación sacerdotal. Creo poder afirmar, que en nuestro Seminario, a los que allí nos formamos, se nos capacitó para ejercer nuestra misión en la Iglesia y en la sociedad de nuestro tiempo, sin renunciar a la riqueza de la Tradición de la Iglesia.

Como resumen, me parece importante destacar, a modo de síntesis, los siguientes puntos: la concepción del Seminario como un itinerario de vida, que comporta un proceso formativo, antes que un mero lugar material; el carácter propiamente formativo de la comunidad del seminario; la participación y responsabilidad de los mismos seminaristas, de un modo activo, en el funcionamiento del seminario; la importancia de una cuidadosa formación humana en orden a conseguir «personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades sociales y pastorales»; la vivencia de la necesidad de una formación religiosa y espiritual hondamente personalizada y vivencialmente experimentada como una relación de comunión y amistad con Jesucristo; la adquisición de una seria formación intelectual, acorde con los tiempos y con las exigencias de la razón humana; el régimen de vida comunitaria como escuela de convivencia humana y social; y por último, sobre todo en el Seminario Mayor la progresiva inserción de los seminaristas en la vida de la diócesis y el seguimiento atento y la sensibilidad antes los problemas de la sociedad. Pero de esto último hablaremos a continuación, puesto que se me pedía que me centrara en la dimensión pastoral de la formación del Seminario.

### ***b. La dimensión pastoral.***

Nadie duda, que la razón de ser del Seminario, de un modo especial del Seminario Mayor, «estriba en formar pastores, por tanto, toda la formación que allí se imparte debe dirigirse a que los seminaristas aprendan a reproducir el modo de vivir y actuar de Cristo Pastor en el ejercicio del ministerio» (OT4, PDV57).

Ante todo cabe destacar que la pastoral que se nos presenta en nuestro seminario pone sus raíces más profundas en una base espiritual y teológica. Toda pastoral, toda acción de la Iglesia encaminada a anunciar y hacer presente el mensaje de Jesucristo en el mundo, responde a una concreta concepción teológica y espiritual.

Una adecuada formación pastoral es la que educa pastores que actúen apostólicamente, es decir, motivados por el ansia de salvación de los hombres en Cristo; que respeten la dignidad de las personas y la acción de Dios en ellas; que trabajen con realismo y conciencia eclesial; que cooperen con el desarrollo de las comunidades concretas y la evangelización de los distintos ambientes; que asuman y promuevan cuanto haya de válido y evangélico en la sociedad actual; que asuman y promuevan el papel del ministerio laical a la hora de llevar a cabo la obra de la evangelización.

Todo esto en nuestro seminario se consigue a través de dos caminos: el teórico y el práctico. La dimensión teórica de la formación pastoral viene dada de un modo especial a través de la materia llamada «Teología pastoral», pero también a través del estudio de toda la filosofía y teología explicada y estudiada con una perspectiva pastoral; también a través de otras experiencias formativas como cursillos, conferencias y sobre todo pasa por la real preocupación de los seminaristas en ir creando un corazón de pastores también a través del constante interés por la vida de la sociedad y de la Iglesia. La dimensión práctica consiste sobre todo en la realización y revisión de experiencias y acciones pastorales concretas en diversos ámbitos. En nuestro Seminario, esta práctica pastoral, podemos decir que se desarrolla en cinco niveles, progresivos y complementarios: el contacto con el mundo de la pobreza y el sufrimiento, en Residencias de ancianos, asilo, o colectivos de marginados; la vida parroquial a través de la inserción en comunidades parroquiales concretas de la ciudad o alrededores, en la catequesis, contacto con grupos parroquiales...; la vida diocesana, a través de la colaboración con delegaciones diocesanas, como juventud, vocaciones, misiones...; en el último curso, el contacto con la pastoral en el mundo rural, importantísima en una diócesis como la nuestra inminentemente rural; y por último todo esto, de un modo más directo, vivido como diácono en la precisamente llamada etapa pastoral, donde el contacto con todas las realidades pastorales de la parroquia y la diócesis está encaminado a una inserción más real y concreta en la vida de la Iglesia y como preparación próxima para el ejercicio del ministerio.

Como decíamos, todo esto, teoría y práctica, toda la vida del Seminario, se encamina precisamente a crear este corazón apostólico al estilo de los Doce al lado del Maestro. Dicho esto, es preciso también afirmar, que la práctica pastoral no es lo esencial en la formación de los seminaristas, pero una buena formación exige que el

futuro sacerdote experimente una progresiva incorporación a la vida de la Iglesia, cuidando de que ésta no impida una dedicación primordial a los estudios. Como experiencia personal, debo decir que en nuestra etapa de seminario, la preocupación pastoral y la progresiva inserción en la vida pastoral de la diócesis era vivida como un «plus» de gozo e interés que daba sentido al resto de la formación. Los fines de semana eran esperados como los días de pastoral que alimentan los deseos de pastor que siente todo seminarista. Es ir experimentando en pequeñas actividades la vida pastoral del sacerdote y esto es motivo de ilusión y ánimo para quien quiere dedicar su vida a esta realidad.

## **II. INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD OURENSANA.**

Quizás, por mi corta edad y poca experiencia, no sea yo el más adecuado para hablar de la influencia de esta institución en la sociedad ourensana.; por otra parte, mis compañeros de mesa ya lo han hecho con más conocimiento de causa, e incluso con el testimonio de su vida pública en este momento. Por eso simplemente hago una breve reflexión.

En doscientos años de historia, han pasado por nuestro seminario, miles de jóvenes estudiantes; muchos de ellos han sido sacerdotes, otros desde distintas opciones de vida han comunicado a la sociedad en que viven y vivieron el estilo formativo del seminario, los valores y virtudes allí adquiridos, algunos haciéndolos realidad en sus familias, otros en puestos públicos, en la administración, la enseñanza, la política o en el mundo empresarial. El seminario ha forjado personalidades maduras y responsables con el mundo que les tocó vivir. Pero quisiera hacer mención a una realidad de nuestros sacerdotes en la segunda mitad del Siglo XX, e incluso en todo el período del Régimen que surgió como consecuencia de la Guerra Civil. Uno de nuestros profesores del Seminario, el M.I. D. José Ramón Estévez Gómez, varias veces en sus clases, nos ha llamado la atención, diciéndonos que hay una historia sin investigar, ni escribir, que es la labor social del clero ourensano en nuestro mundo rural y en esta época: la cantidad de carreteras, luz eléctrica, teléfonos, asistencia sanitaria y social, promoción cultural, que estos sacerdotes hicieron por nuestra tierra. Quizás sea un poco de injusticia el no reconocer también hoy, esta impresionante labor social, que unida a su labor pastoral marcó profundamente nuestro mundo rural. No quiero dejar de mencionar tampoco, aunque se salga de nuestras fronteras nacionales y provinciales el gran papel social y humano que tantos sacerdotes salidos de nuestro Seminario, hicieron y siguen haciendo en los llamados países de misión. Es también ésta una de las glorias del Seminario auriense.

Pero también nuestro seminario de hoy está contribuyendo a la sociedad ourensana. A nuestro Seminario Menor, llegan con frecuencia padres, buscando una educación de calidad y exigente. Casi cien alumnos cursan la Enseñanza Secundaria y el Bachillerato. El Seminario, en este sentido, está dando respuesta a una demanda social que pide una educación integral, de calidad y exigencia. Y esto, lo está haciendo a pesar de la poca ayuda que recibe de la administración pública. Creo que

hoy es importante destacar esta dimensión de nuestro Seminario Menor, que sin fines lucrativos, con pocos recursos públicos desempeñan una importante labor educativa entre jóvenes procedentes sobre todo del rural de nuestra provincia.

En fin y para concluir, la sociedad ourensana tiene una deuda de gratitud con esta institución que en este año homenajeamos. Sólo nos queda desear y también pedir a quien es el Dueño de la Mies, que siga enviando niños y jóvenes a nuestros seminarios, para que la Iglesia de Ourense y la Iglesia Universal cuente con cristianos y sacerdotes que sigan haciendo presente el mensaje liberador del Reino predicado por Jesús. Muchas gracias.